

LA LUZ DEL PORVENIR

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—¡Que solos iban!...—Recuerdos del pasado.—Discurso pronunciado por la señorita Josefa Pavia en los exámenes de la escuela laica de Guisona.—A la niña Maria Josefa Meana y Mañez.—Pensamientos.

¡QUE SOLOS IBAN!...

I.

Hace algún tiempo que yendo una mañana en el tranvía, éste quedó detenido largo rato por encontrar obstáculos en su camino, y todos los pasajeros se entretenían en mirar y averiguar que es lo que pasaba entre cocheros, carreteros y descargadores. Un jóven del pueblo que iba sentado frente á mí, observé que miraba con suma fijeza en dirección opuesta á la que llevábamos: miré yo tambien, y ví que avanzaba lentamente un coche fúnebre conduciendo un modestísimo ataud, al que nadie seguía. Mi compañero de viaje siguió con los ojos puestos en el coche de los muertos hasta que lo perdió de vista, y cuando volvió la cabeza, noté con asombro que se limpiaba disimuladamente los ojos con la manga de su vieja, pero limpia blusa, y mirándome con tristeza, murmuró con acento profundamente conmovido: ¡Qué solo vá!... ¡pobrecillo! ¡nadie le sigue!.., ¡nadie le acompaña! ¿No es verdad que causa pena ver una cosa así? Ese muerto, ó no tiene familia, ó nadie le quiere: ¡qué solo vá!...

Las palabras del sensible obrero no encontraron eco en los demás pasajeros; los unos se encogieron de hombros y los otros hicieron ademanes de impaciencia por el tiempo que perdían con la detención forzosa; solo el conductor y yo le contestamos que tenía razón; que siempre era muy triste la soledad, pero que en el acto del entierro causaba más dolorosa extrañeza.

Llegamos al término de nuestro viaje y el jóven obrero siguió por mi camino andando lentamente como todo aquel que está profundamente preocupado. A los pocos momentos tuvimos que pararnos para dejar el paso franco, en la estrecha calle que atravesábamos, á una numerosísima comitiva, compuesta de niñas, de niños, y de ancianos procedentes de los asilos benéficos, llevando cada uno un cirio encendido; á estos seguían gran número de sacerdotes, cinco de ellos con capa pluvial, acompañando al cadáver, que iba encerrado en un lujosísimo ataud forrado de terciopelo negro con anchas franjas de galón de oro, del cual pendían ocho cintas negras de moaré, llevadas por graves caballeros que vestían de rigurosa etiqueta, é iba detrás cuanto de notable encierra la ciudad condal, presidiendo el duelo uno de esos tipos especiales que sirven admirablemente para esta clase de ceremonias; uno de esos parientes lejanos que no sirven á su familia sino para llenar huecos, lo mismo en una boda ó bautizo que en un entierro, visten con decencia, saben presentarse, saludan gravemente y no hay que pedirles más.

El jóven obrero estaba á mi lado contemplando atentamente el fúnebre cortejo: llamóme la atención lo expresivo de su escrutadura mirada, y le dije sonriéndome:

—¿Qué le parece? ¿eh? ¡qué diferencia entre aquel muerto y este muerto!...

—Pues mire usted, en eso estaba reflexionando, y sin saber por qué.. quizá se ría usted de mí, pero, vaya, le diré lo que pensaba: que *éste* vá tan solo como el *otro*.

—¿Quiere usted decir?—repliqué aparentando sorpresa, para que diera rienda suelta á su pensamiento.

—Sí señora, sí; he estado observando, y no he visto una cara triste, ni en los que van porque los pagan, ni en los que acompañan por compromiso. He escuchado atentamente por si oía alguna conversación sobre el difunto y... ¡quiá!... ¡quiá! solo he oído palabras sueltas sobre la bolsa, y empréstitos, y consolidados, y deuda perpétua, y tesoro de Cuba y... y el que preside el duelo tiene trazas de no haber llorado en su vida.

—Entonces, según su opinión, podremos decir recordando los dos entierros: ¡qué solos iban!

—Sí señora, sí; eso podremos decir sin temor de equivocarnos; ¡qué solos iban! Me alegrara que usted hubiera presenciado el entierro de mi madre: no asistió ningún cura, porque mi padre no quiso, ni tampoco la enterraron en sagrado; pero todo el pueblo la acompañó; todos se disputaban llevarla sobre sus hombros. Aquello sí que era sentimiento, y sentimiento de veras; pero esto que hemos visto no es más que la fortuna de muchos pobres repartida entre los curas y sus casas de caridad. No he visto ningún semblante compungido: lo dicho, dicho; que cada vez me afirmo en ello: ¡qué solos iban!... ¡pobrecillos! Vamos, buenos días.—Y el jóven obrero aceleró el paso perdiéndose entre la multitud.

Yo le seguí con la vista cuanto pude, y al llegar á casa de una amiga le conté todo lo que acabo de narrar, concluyendo por decir: aquel modesto obrero es un profundo filósofo!

—Un filósofo de blusa, replicó mi amiga con cierto desdén.

—Un filósofo de gran entendimiento y un admirable observador que sabe distinguir el oro del oropel: déjate de simplezas de si llevaba blusa ó vestía toga; la cuestión es que ha dicho una gran verdad; que tan solo iba el infeliz al que nadie acompañaba, como el magnate seguido de centenares de individuos que iban, por el estipendio los unos, y los otros por ser vistos: iban igualmente solos el rico y el pobre; ningún afecto les seguía.

—Pues entre las dos soledades prefiero la del rico.

—Yo no.

—¿Por qué?

—Porque odio la hipocresía, y prefiero la exclamación compasiva del obrero á toda la pompa que rodeaba al cadáver del rico.

—Reciba uno el agasajo, sea cual sea la procedencia.

—¡Ah! no, no; la mentira siempre es mentira; y como yo creo que nada pasa desapercibido para el espíritu, ha de serle mucho más doloroso sorprender la falsedad de un afecto, que vivir aislado sin el halago de mentidas amistades.

II.

Han pasado algunos meses, y sin embargo recuerdo á menudo los dos entierros que tanto me impresionaron, y al recordarlos murmuro con tristeza: ¡qué solos iban! ¿Me habrá unido algún lazo de simpatía con ellos? ¡quién sabe!

¿Me habrán contado en alguna ocasión su triste historia?

¡Son tantos los que me confían sus cuitas!

¿Habremos peregrinado juntos en anteriores existencias?

Todo puede ser. Lo cierto es que dejaron en mi ánimo honda huella de tristeza así la soledad del uno como el acompañamiento del otro. Hay indudablemente simpatías misteriosas, y ésta es una de ellas; simpatía que se extiende al jóven obrero que tan bien supo apreciar el valor de los afectos que seguían á aquellos dos seres al ser llevados á su última morada.

¿Si se encontrarán tan solos en el espacio?

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

RECUERDOS DEL PASADO.

Yo era niña, muy niña.

Apenas si habría abarcado mi existencia nueve primaveras, cuando sentí por la primera vez rasgarse el purísimo cendal que tapiaba el panteon de la muerte en mi embrionaria inteligencia. Aun vacilaban mis pasos por el suelo de la tierra; que una casa grande el mundo me parecía; el mundo que para mi era y contenido estaba en los límites reducidos del pais que me vió nacer, pareciéndome, ó creyendo que los seres que lo poblaban, eran otros tantos muñecos mecánicos que funcionaban obedeciendo á algun oculto resorte; que los hombres y las mujeres serían quizás los hijos mayores de algunas otras niñas como yo, y que como yo, habrían tenido muñecas como las mías, pequeñas; y que luego el tiempo ó el capricho, el acaso ó la voluntad las desarrolló tan á la perfección como las veía bajo el prisma soporífero de mi inocencia. En esa nebulosa de la vida ondeaba el vapor sutil del poco espíritu que animaba mi pequeño cuerpo; en esa época vaga é indecisa, preñada de tan dudosos encantos, palpitaba el recuerdo de mi ser y existencia, cuando por primera vez, y ya por siempre, comprendí que la idea estaba en el pensamiento, el pensamiento abortaba de la inteligencia, la inteligencia residia en el alma y que el alma era *algo* que yo no podía definir ni analizar; pero que se trasparentaba por los ojos y se armonizaba en el sonido de la palabra; que el alma era el afecto, la pasión, el lenguaje, las lágrimas y el sentimiento; que era en fin el poema de la sensibilidad universal, el órgano factor que imprimía al carro de la vida el movimiento perenne de su azogada movilidad. No eran estas exactamente las reflexiones que batian con sus aceradas alas la imbecilidad ignorante de mi naciente inteligencia, estado natural é imperfecto de toda criatura que atraviesa la era de la infancia; pero si me mortificaron todas estas cosas á un tiempo sin poder explicarme ni explicar el desorden que bullía en los rincones de mi cerebro por la horripilante impresion de lo que había visto tan de cerca y que metamorfoseó desde entonces alguna parte de mis sensaciones infantiles en perjuicio de las únicas puras, verdaderas alegrías que tiene el ser mortal en su perecedera peregrinación.

¡Había visto un cadáver! ¡Oh! antes que mi razon se estraviára en el escrutinio de esta contemplación yacente, antes que fuese mujer de nueve años de edad, no me impresionaban los muertos, ni producían en mi la dolorosa amargura que sufrí con la vista de aquel que se fotografió en mi memoria con la fijeza y el deseo que tiene y siente el loco cuando su manía é intencion convergen á un mismo punto. Entonces cuando oía decir que tal ó cual persona conocida había fallecido, solia preguntar á mi madre:—¿Qué es la muerte?—Es el sueño eterno, hija mía.—¿Y

siempre está durmiendo el que se muere, sin sentir ganas de comer, ni de beber, ni de jugar?—¡Oh, no! su estado es tan perfecto que no siente nuestras necesidades.—¿Y dónde lo llevan, dónde está?—En la gloria de Dios, querida niña.—Yo me quiero morir, mamá, para jugar con los angelitos del cielo.—No seas tonta y vete á jugar con las muñecas.

He aquí lo que yo alcanzaba á saber de este misterio y el afecto que producía en mi ánimo esa terrorífica expresión que simboliza el llanto y el dolor á la humanidad.

¿Sería quizás porque aun no había visto un ser inanimado, tendido en su ataúd, que esplicase á mi débil raciocinio el enigma de su inmortalidad? Y aunque así hubiese sido; ¿qué solución podría darme, que fruto hubiese sacado de esta investigación una criatura que absorbía todas sus facultades en el panorama de sus rientes candorosas ilusiones de niña, y que ni aun conciencia tenía de su ser? Felizmente la infancia no se preocupa, ni entiende de otra ocupación que la de tal ó cual juguete bonito, de la amiguita con quien ha reñido, del vestido de estreno que lucirá en la próxima fiesta, etc., etc., aficiones y gustos inherentes á esa edad feliz por excelencia y de los que yo participaba naturalmente; pero lo que es indudable y cierto; lo que nunca acertaré á probar ni describir es el efecto extraordinario que hizo en mi aquel cuerpo cadavérico, el temblor visible que agitó mi diminuto ser, el miedo de que me sentí poseida al encontrarme frente á frente, muy cerca de mí, con una estatua humana que al igual! de una de piedra tenía su frialdad, su dureza y su mutismo.

El cadáver que veía era el de una jóven, vecina de la casa, que había dejado de existir en ese día,

Llevada de esa curiosidad sin objeto que caracteriza á toda criatura de pocos años, fuí á ver por última vez á la que tantas veces me había acariciado y regalado confituras, y en compañía de mis hermanitas entré en la estancia mortuoria en cuyo centro se encontraba la difunta, sobre una mesa, entre cuatro velas que sostenían unos candelabros de metal colocados en el suelo y en sus cuatro ángulos.

No parecía un cadáver. Creí al pronto que un sueño dulcísimo y tranquilo había descendido suavemente hasta ella velando sus párpados que aún tenía entrecerrados, y que al mágico sopor del hijo de la noche, había recostado su esbelto cuerpo é inclinado su cabeza en la almohada como para entregarse mas muellemente en brazos de la ilusión que acariciara. ¡Que bella estaba! “Si tal es la imagen de la muerte, pensé, infinitamente mas dulces, puros y bellos serán los goces que nos reserva tras el velo de la eternidad. ¿Por que llorarán estas mujeres,, Obedeciendo luego á un impulso instintivo de observación acerquéme mas al lecho funerario para recrearme, con la admiración del artista, en aquella pálida y yacente hermosura, y maquinalmente, sin darme razon del movimiento, posé lijeramente mis labios en aquella frente de azucena, como el tierno tributo de adoración y cariño que un ángel le daba en la tierra por despedida... ¡Oh! no sé lo que sentí al helado contacto de aquella epidérmis marmórea. Un frío glacial recorrió todos mis miembros haciendo titilar mi cuerpo como si hubiese estado sometido á la acción eléctrica. Quedé inmóvil y estática, fija en el pavimento cual si una fuerza poderosa y sobre humana me retuviese allí á pesar mio. Seguramente debía tener la apariencia de la muerte ó la cataléptica, porque no fuí dueña de dar un paso ni articular una palabra, ni proferir un grito; y no obstante yo seguía viendo el cadáver con insistencia tenaz y acusadora de mi terror. Oía cuanto pasaba en derredor mío sin poder alejarme de aquel sitio que me sujetaba con la atracción avasalladora de lo desconocido.

Ignoraba, porque no me lo habían dicho, que la acreedora de la vida despojase al ser humano del soplo de aliento regenerador de la sangre, de la vitalidad interna de sus arterias, de la flaccidez suave de la membrana capilar y de los contornos perfilados de luz que matiza el sonrosado; en una palabra, yo creía que la muerte era un sueño como tantas veces me había dicho, mi madre.

Mi espíritu fué revelado, iluminado de un rayo de luz precursor de las luminosas ideas que despues han venido combatiendo las sistemáticas y rutinarias que había adquirido hasta entonces; ó mejor dicho, que me habían inculcado por régimen rudimentario de la primera educación. ¿Dónde estaba el alma que residía pocas horas antes en aquella forma de mujer? ¿Dónde la inteligencia de aquella cabeza exánime, los latidos de su corazón sordo y mudo á la vez? ¿Dó los reflejos de vida que trasparentaba sus pupilas, asomo de su espíritu, espejo de las evoluciones del sentimiento? ¿Dó las potencias de su voluntad que era ahora impotente é incontrastable para levantarla y libertarla de esa tiránica y permanente sujecion? Su alma habría emigrado, al emanciparse de su consocio, á regiones estrañas, desconocidas, impalpables, eternas.... ¡oh! yo casi me creí trasportada á esas esferas misteriosas, lanzada á los espacios infinitos, cruzando valles desiertos, traspasando los umbrales ignotos de otros mundos, arrebatada siempre por mi deseo; peregrinando en sus soledades y andando, andando sin cesar buscando la gloria de Dios sin encontrarla nunca, queriendo ver los lugares con denaños en la tierra sin haber apercibido ni un grito de dolor, ni una queja compasiva... Pero una intuicion observadora y exacta inflamaba y robustecía la simiente que nacía en la concavidad de mi cerebro arraigando sus raices en el árbol de la libertad. Tenia derecho á pensar, á discurrir, á racionar y dejar el escape al torrente de mis pensamientos.... Un sacudimiento brusco me despertó moralmente, y al resucitar á la vida que analizaba en los dominios de mi libre pensamiento me encontré entre tinieblas "¡Siempre tinieblas y brumas!", me dije. Se habian llevado el féretro, se habian marchado todos y mis hermanas me instaban á que nos fuéramos tambien.

Algunas noches despues tuve un sueño espantoso. Había soñado que, llevada por el génio invisible y tutelar que me protejía, seguía el sendero lúgubre y triste que conduce al santuario donde reposan los que fueron en la tierra; que armada de una piqueta socavaba el hueco que guardaba los restos de aquella jóven y haciendo saltar la tapa de su ataúd la volví á ver... ¡Funesta investigación! Un sentimiento de pena y horror simultáneo comprimió segunda vez mi corazón. A no ser por el sudario que la envolvía me hubiera sido imposible reconocerla. Su fisonomía horrosamente contraída tenia un aspecto tal de fealdad repugnante, que retrocedí espantada de mi atrevimiento y de aquel fantasma de la mentira... luego el hedor putrefacto de la carne... aquellos infusorios devoradores pastando en aquella masa hedionda de mortalidad humana.... volví sobre mis pasos vigorosamente abandonando, huyendo de aquel asilo sepulcral, y á este empuje violento desperté dando un grito. Un raudal de lágrimas brotó de mis ojos al comprender que la inocencia inexperta había huido para siempre de mí.

¡Que caos tan confuso el de la muerte! ¡Qué vacío! ¡Por qué me habrán engañado!!... Me volví del otro lado y me quedé dormida murmurando:

¡Oh! si alguien me lo explicára!

EUGENIA N. ESTOPA

Discurso pronunciado por la señorita Josefa Pavía en los exámenes de la escuela laica DE GUISONA.

SEÑORES:

Esperando serán indulgentes á la poca experiencia mía , me atreveré á dirigirles cuatro palabras; ya que, ni mis años , ni mi inteligencia me permiten hacer un discurso en forma; y en lo poco que diré, me referiré especialmente á las mujeres.

Desde los más lejanos tiempos ha sido la mujer la que ha servido para decidir las pendencias entre la sociedad; ya por su propia iniciativa , ya por hacerla servir de instrumento aprovechando su ignorancia.

De aquí que los unos han querido elevarla por medio de la instrucción para poder representar dignamente el papel que le corresponde en la sociedad, y otros, viéndola en ella el medio para lograr sus ambiciones, han procurado exaltar su imaginación, humillándola para humillar con ella la humanidad.

Si registramos las memorias escritas por los grandes viajeros, vemos comprobado que los que han trabajado más para humillarla en todo tiempo y en todos países , ha sido la raza sacerdotal. En la China, gracias á dicha raza, es poco menos que una esclava; en Turquía un mueble de lujo que se compra para satisfacer injustas pasiones y se vende cuando estorba; en el centro de Africa, la consideran tan íntima propiedad del hombre que, al morir éste, entierran con él á ella; y en el reino de Dahomey, en nombre de Dios condenan á las mujeres á miles, las mejores entre las tribus, á ser degolladas sirviendo de verdugo un sacerdote para aplacar la venganza de Dios , según dicen; en realidad para satisfacer el instinto sanguinario del Rey y caciques, contentándoles así para seguir ellos siendo los verdaderos déspotas y amos del país.

Pero si todos los países tienen quien abuse de la civilización para satisfacer sus ambiciones considerando á la mujer simplemente un mueble preciso á la conveniencia del más fuerte, siempre ha habido hombres, como ya he dicho, que reconociendo en ella los derechos para considerarla digna amiga del hombre , han procurado sacarla del barro de la ignorancia prisionera de la razón.

Cristo fué uno de los que más se distinguió sin duda proclamando su emancipación moral, su libertad de conciencia dentro de la justicia. Cristo filósofo puramente laico y como tal librepensador anticlerical decidido, quiso imponerse á los sacerdotes de aquel tiempo y por esto murió clavado en cruz en el Calvario. El profetizó la desaparición de los templos profetizando la ruina del de Jerusalen, convencido de que tan solo sirven para explotar al pueblo. El apóstol Pablo y su auxiliar Estéban nos dicen lo mismo si leemos los «Hechos de los apóstoles» continuados en el Nuevo Testamento ó sea «El Evangelio de Cristo.»

Pero ¡ay! la filosofía de Cristo y los apóstoles solo se practicó pura unos trescientos años, en los cuales todos los que se decían cristianos cumplían el Evangelio considerándose todos como hermanos practicando el amor y caridad , únicos preceptos de las doctrinas de Cristo.

La ambición de raza buscó el medio de volver á dominar la humanidad y no faltó quien falseando la pura moral de Cristo , añadiendo sofismas á sus filosóficas doctrinas, formase una religión positiva y sacerdotes, que no podían separarse de los antiguos para no faltar á las tradiciones de raza. Pero la sociedad había ya cambiado su modo de ser y de improviso no era posible dominar al pueblo á sus caprichos, si antes no se le hacía retroceder por medio de la ignorancia; y como toda raza egoísta sin conciencia no perdona medios por inmorales que sean para lograr su fin, empezó

por ocultar el verdadero sentido del Evangelio y de los apóstoles, que, como Pablo decían, dando reglas y principios á los cristianos «y no os conforméis con este siglo, mas conformaos con la renovación de vuestro entendimiento para que experimentéis cual sea la voluntad de Dios agradable y perfecta» (Romanos, cap. 12, v. 2.) Empezó la raza sacerdotal á oprimir predicando la ignorancia como virtud sobrenatural para salvarse procurando hacerse suya la mujer, más impresionable que el hombre y la superstición volviola esclava otra vez, despues de emancipada ya con las doctrinas de Cristo.

Sí, los que más han trabajado para dejar á la mujer en la ignorancia en que desgraciadamente hoy está, han sido los que se dicen ministros de mártir del Calvario.

San Agustin la creía tan poca cosa que la consideraba poco menos que sin alma; es decir, en el sentido católico romano, poco menos que irracional. Esto bastó para que aconsejado por su madre Mónica (por esto quizá la hicieron santa) abandonase sin conciencia á la que se había hecho mujer suya, despreciando hasta el inocente hijo que ya de ella tenía... y así siguió y fué uno de los padres de la Iglesia, predicando la ignorancia como virtud de la mujer; pretestando que así huye del vicio, mientras hipócritamente procuraban corromperla.

Largo tiempo tendría que hablar si tuviera que seguir la historia antigua y la de la Inquisición con los hechos que tanto han contribuído á la desmoralización hipócrita del pueblo en general y de la mujer en particular. Hoy dia vemos quienes son: y la Llave de oro escrita por el arzobispo Claret, para servir de guía á los confesores, nos dice el respeto que tienen al pudor; más ó menos todas, si hemos de decir la verdad, hemos escuchado de ellos palabras que ni nuestros padres, ni los esposos mismos creo no se han de atrever á pronunciarlas. Y todo como dicen los jesuitas «para mayor honra y gloria de Dios.»

Es preciso, pues, que esto acabe; es preciso que la mujer sepa ser fiel amiga del hombre si quiere vivir feliz en todos los diferentes estados que su misión en la tierra la obliga.

Solo la enseñanza laica puede hacer de la mujer cariñosa hija, amable esposa y digna y amorosa madre de familia; dándole la instrucción y educación encaminadas á la paz de casa y asegurar el porvenir de sus hijos dentro de la ley de equidad y justicia; separándola de la superstición que la vicia y de la hipocresía que la pervierte.

Inútil es considerar á la mujer apta para la formación de la familia, no teniendo más que los escasos conocimientos de religión que se le exigen, envueltos entre tantas ceremonias ridículas que la engañan porque su imaginación exaltada, faltándole la educación racionalista, la hace disfrutar entre lo que no comprende para desahogar los pesares que la realidad de la vida dan, muchos de ellos hijos de la ignorancia propia.

Mientras la mujer no pueda ser la consejera del hombre, mientras no estemos á la altura que nuestra posición en la sociedad nos exige para cumplir todos los deberes y hacernos respetar los derechos, podremos creernos más ó menos libres para satisfacer más ó menos nuestros gustos, que no siendo guiados por la razón iluminada por la instrucción, no son más que caprichos; pero siempre no seremos más que verdaderas esclavas. Hasta que por la educación libre de toda superstición sintamos la misma fé, esperanza y temores del hombre, no podremos sujetarlo amorosamente ni corregirle de las faltas que las más de las veces comete por nuestra ignorancia; y la paz de casa, el amor de los esposos y la fraternidad de los hermanos será una quimera. Las esposas, hijas y madres que aman la libertad educada por la moral y la ciencia, hacen sentir este santo amor á los padres, al esposo y á sus hijos.

Emancipémonos, pues, de la raza clerical, y dejemos la esclavitud de la superstición é ignorancia por medio de una instrucción y educación razonadas; así empeza-

remos siendo respetuosas hijas, seremos más tarde dignas y fieles esposas que sabremos, sin imponernos, corregir las distracciones del esposo y encaminando los hijos por el camino de la razón sabremos vivir felices, retiradas entre ellos; y la que hoy desgraciadamente no es más que el juguete del hombre porque no ve en ella más que la distracción del momento, será entonces la reina de casa; y la paz, no escuchando á los enemigos de la humanidad, será inseparable de la familia, base de la sociedad.

Así, no será la mujer ángel caído, barro que ensucia; (como dijo el poeta,) seremos hermosos seres para endulzar la vida y no para vivir como autómatas, como máquinas, que es como actualmente vivimos.

He dicho.

A LA NIÑA MARIA JOSEFA MEANA Y MAÑEZ.

No has venido á gozar; solo acudiste
De un inmenso dolor al hondo grito;
De un alma á compartir la suerte triste
Dejando por la tierra lo infinito.

Has venido en mision; no de otro modo
Hubieses descendido á esta morada:
Para manchar sus alas en el lodo
Nunca un ángel dejó su patria amada.

Por eso al contemplar tu nívea frente
Un emblema de paz en ella leo,
Faro de luz divina y esplendente
Que heredaste de un mundo que no veo.

¡Salve á tu aparicion, niña de amores!
Nuncio para tus padres de alegría,
Si dignas son de tí pálidas flores,
Mi alma en este cantar te las envía.

EUGENIA N. ESTOPA.

PENSAMIENTOS

Cada religion procura hacer su templo, pero tambien hace su tumba.

Crear es lo de ménos, saber es lo demás.

El dia de mañana, es una página en blanco.

La esperanza y el tiempo resuelven todos los problemas.

El que no ha sabido amar, no espere que le amen.!

Se necesita que haya quien mande, cuando el espíritu no sabe manejarse.